

Cura Mingarro.—Más latines: *distingue tempora et conciliabis iura.*

Juan Martín.—En cristiano, cura, en cristiano.

Cura Mingarro.—Que cuando hay que quitar de en medio enemigos de nuestra santa religión, el trabuco. Y cuando no...

(Golpe de aldaba en la puerta.)

Juan Martín.—Ahí está Sardina con el traidor. *(Al cura Mingarro.)* Si Dios no lo remedia, cura, hoy va a necesitar el rosario. *(Con voz fuerte.)* ¡Adelante!

(Entran Sardina y Diego.)

Escena VII

Juan Martín, Olalla, El Crudo, El Cura Mingarro, Sardina y Diego

Juan Martín.—Bien. Vamos a empezar. *(Señalando a Sardina y al Crudo sus puestos.)* Vosotros, aquí. *(Al cura Mingarro, indicándole el suyo.)* Usted, aquí. *(A Diego.)* Y tú, aquí. *(A Olalla.)* Tú, Olalla, siéntate en uno de esos bancos. Servirás de público. *(Todos van ocupando sus respectivos lugares.)* Todos en pie. *(Breve pausa. Con voz solemne.)* Va a comenzar el consejo de guerra contra Diego Baeza, capitán de caballería. Que Dios nos ilumine. *(Se sientan. A Diego.)* Tú también puedes sentarte. Estás herido y has perdido sangre. *(Breve pausa.)* ¿Te llamas Diego Baeza?

Diego.—Sí. *(El cura Mingarro, que habrá sacado de su estuche papel, pluma y tintero, escribe.)*

Juan Martín.—¿Eres español?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Sirves como capitán de húsares en el ejército francés?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Fuiste antes capitán de caballería del ejército español?

Diego.—Sí. *(Breve silencio.)* Ya tenéis bastante para condenarme. Ahorcadme, si eso es lo que queréis.

Juan Martín.—Alto ahí, amigo. Aquí no se ahorca a nadie sin que él se explique. ¿Puedes decir algo en tu defensa?

(Un breve silencio.)

Sardina.—¿Por qué vistes ese uniforme?

Diego.—Porque quiero lo mismo que vosotros, pero por camino más seguro.

Juan Martín *(con ira contenida).*—¡Cuerpo de Cristo! No me quedaba más que oír. ¿Qué tu quieres lo mismo que nosotros?

Diego.—Sí. ¿Por qué lucháis vosotros?

Juan Martín.—Aquí el que pregunta soy yo. ¿Por qué luchas tú?

Diego.—Por una España libre, ilustrada y próspera.

Juan Martín *(dando un puñetazo en la mesa).*—¡Bravo! Y para conseguir que España sea libre, te has unido a los que la han invadido y la tienen como esclava.

Diego.—Para conseguir que España sea libre, me he unido a los que saben y enseñan lo que es la libertad.

Juan Martín (*con ira*).—La libertad que enseñaron los mamelucos de Murat a los patriotas de Madrid. La libertad que nos ha traído Pepe Botella.

Diego.—Creo más en esa libertad que en la que nos traiga Fernando VII.

Juan Martín.—Crudo, Sardina, cura, ¿estáis oyendo? Nunca pude sospechar que hubiese un español así. Traidor a su país y lacayo de un rey extranjero.

Diego.—Los abuelos de vuestro Fernando, ¿fueron acaso españoles? Quiero una España libre, ilustrada y próspera, y por ella luchó; la España que Fernando no os dará jamás.

Juan Martín.—¡Peste de afrancesados! (*Con pesadumbre.*) Malo es tener enfrente un enemigo a muerte; pero más malo es saber que entre ese enemigo y tú hay gente que tu misma sangre. (*Levántandose y acercándose a la silla donde está sentado Diego.*) Mira, galán, también yo quiero entenderme con los franceses; pero ellos, en su casa, y yo, dueño de la mía. Mientras esto no ocurra, guerra sin cuartel.

Sardina.—Déjalo, Juan Martín; ya hemos oído bastante.

Diego.—Podéis matarme; no espero otra cosa. Pero la España que yo quiero no morirá conmigo.

Juan Martín (*exaltado, colérico*).—¡La España que tú quieres no la traerán los que nos roban y nos matan! (*Conteniendo su ira, se aproxima a Diego y le señala con su índice.*) Tú te apuntaste en el bando del fuerte, en el bando del amo de Europa. Adivino tus cuentas: «Napoleón aplastará en un santiamén a los patriotas, luego retirará sus fuerzas, quedaremos en España los españoles, y yo, que tuve el acierto de madrugar, en menos de general no me quedo». ¿No ha sido así? (*Diego no responde.*) ¿No ha sido así? (*Diego sigue en silencio.*) Pero Napoleón no ha podido con los patriotas. (*Con fiereza.*) ¡Aquí estamos, para que España sea lo que tiene que ser! Y de paso, para ver cómo vuestros amos desprecian a los que les servís como lacayos. ¿No has visto cómo te despreciaban tus propios soldados? ¿No se te ha encendido el alma viendo cómo ellos, tan civilizados, tan sabihondos, se reían de nosotros, los españoles? (*Diego baja la cabeza.*) Y esto, ¿no os estaba diciendo dónde estaba tu puesto?

(*Un breve silencio.*)

Sardina.—Juan Martín, este hombre ya nos ha dicho bastante.

Juan Martín (*volviendo a su silla*).—Es verdad. (*A Diego.*) ¿Tienes algo más que declarar?

Diego (*con dignidad*).—Lo que antes os dije: que la España que yo quiero no morirá conmigo.

Juan Martín.—Bien. Ha terminado el juicio. (*Pausa. A Diego.*) Diego Baeza, vas a oír tu sentencia. (*Breve pausa.*) Todos en pie. (*Sardina, el Crudo y el cura Mingarro se ponen en pie. Al Crudo.*) Habla tú, Crudo.

Crudo.—Pena de muerte.

Juan Martín (*a Sardina*).—Habla tú, Sardina.

Sardina.—Pena de muerte.

Juan Martín.—Pena de muerte. (*Hondo silencio.*) No serás ahorcado; eres oficial. (*A Sardina.*) Sardina: un pelotón de los tuyos le fusilará delante de la tropa, antes de salir del pueblo. (*Al cura Mingarro.*) Usted, cura, le dará a firmar sus declaraciones, si es que él quiere firmarlas. Luego, se pondrá a su disposición. Hay una hora de la vida

en que todos debemos ser iguales. *(Todos quedan inmóviles durante unos segundos. A Sardina.)* Sardina, que esos hombres que has dejado ahí *(señalando al otro lado de la reja)* pongan al reo en lugar seguro. Luego, vuelves.

(En silencio, Sardina se acerca a Diego, hace que éste se levante, le conduce hasta la puerta de la calle y sale con él. Cierra la puerta tras de sí.)

Escena VIII

Juan Martín, Olalla, El Crudo y El cura Mingarro. A poco, Sardina

(Al salir Sardina y Diego todos quedan inmóviles y silenciosos. Regresa Sardina, y se sienta de nuevo en la silla que antes ocupó. Sigue el silencio. Juan Martín pasea por la escena con rostro ceñudo.)

Juan Martín *(con energía creciente).*—La España que yo quiero no morirá conmigo... ¿Qué España es ésa? Sí: una España con más libertad y menos pobres... ¡Pero esa España la tenemos que hacer nosotros! ¡Nosotros, no los traidores! *(Mira en torno a sí.)* ¡Tú, Sardina, que cuando echemos a los franceses volverás a sembrar la tierra de Fuentecén! ¡Tú, Crudo, que cuando vuelvas a tu fragua la mejorarás! ¡Tú, cura Mingarro, que cuando dejes el trabuco vas a rezar el Padrenuestro mejor que antes! *(Cambiano de acento; más íntimamente.)* Y tú, Olalla, que con tu querer me enseñas la paz de esta guerra. *(Breve pausa. Otra vez con energía.)* ¡Nosotros, todos nosotros! ¡Los que ya han muerto, los que vivimos, los que mañana han de nacer! ¡Todos los que hemos aprendido a sufrir y a esperar! *(Queda en silencio, se detiene en el centro de la escena, y con voz más serena prosigue.)* Sardina, Olalla, Crudo, cura Mingarro, venid aquí. *(Todos se le acercan subyugados. Con fiereza.)* Somos el pueblo que lucha y espera; el pueblo del Empecinado. *(Otra vez con más serenidad.)* La España que yo quiero no morirá conmigo, ha dicho el traidor. Nosotros somos el pueblo de España. Nosotros somos España, y la queremos con más libertad y menos pobres. *(Breve pausa. Más serenamente.)* Decid conmigo: Con nosotros vivirá España; con nosotros vivirá España... *(Todos le contemplan en silencio, como transfigurados. Es el caudillo de su esperanza. Un foco dará realce al grupo, sobre la penumbra que va invadiendo la estancia. Y mientras Juan Martín va diciendo esas palabras, cae lentamente el telón.)*

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte: 1823-1825

Estampa IV

El alma partida

Preludio

Al levantarse el telón no habrá nadie en escena. De manera realista o alegórica, la decoración representará un pueblo de España. Entra el Ciego, y acompañándose con su guitarrón salmodia el romance siguiente:

Un hombre nació en Castilla
 tan valiente como honrado;
 su nombre era Juan Martín;
 su mote, el Empecinado.
 Gloria daba su manera
 de gobernar el arado,
 pero a más altos destinos
 le tenía Dios llamado.
 En mil ochocientos ocho,
 Napoleón el gabacho,
 con lo mejor de su tropa
 suelo de España ha pisado.
 Hombres, mujeres y niños
 al punto se levantaron;
 si unos son fieros leones,
 los otros son toros bravos,
 y a la cabeza de todos
 Juan Martín el castellano.
 Seis años duró la guerra,
 todo es sangre, todo es llanto,
 pero al fin los españoles
 ya han hecho rey a Fernando.
 ¡Qué mal señor, este rey!
 ¡Juan Martín, qué buen vasallo!
 Los que la guerra juntó,
 la paz los ha separado;
 Constitución quiere el uno,
 Altar y Trono su hermano;
 con todos hace su juego
 don Fernando el Deseado.